

27 de junio de 2021 -- 13° domingo ordinario "B"

Sabiduría 1:13...24; 2 Cor. 8:7...15; Mc. 5:21-43

### Homilía

Este relato evangélico está muy bien construido. Casi todos los detalles tienen un significado simbólico, y ciertamente no captaremos el mensaje completo si lo leemos simplemente como una hermosa "historia". La historia sólo está ahí para apoyar el mensaje; y ese mensaje es sobre la vida, su restauración y mantenimiento.

No es por casualidad que tengamos aquí dos historias en una; y no hay ninguna razón de peso para pensar que los dos acontecimientos ocurrieron al mismo tiempo y en el mismo día. Las dos historias se unen porque tienen mucho en común y transmiten el mismo mensaje.

Cada uno es sobre una mujer. Obviamente, la mujer tiene una relación muy especial con la vida. Da vida a su hijo después de cuidar de esta nueva vida en su vientre durante nueve meses, y sigue cuidando de él mucho después del nacimiento. En la cultura semítica, dar vida era el más alto honor, así como el deber más importante para una mujer. Y, por supuesto, toda mujer judía tenía la secreta esperanza de ser la madre del Mesías.

Las dos mujeres de nuestro Evangelio tienen en común que fueron privadas de la oportunidad de cumplir con este deber y recibir este honor -- la primera por su muerte a la edad de doce años -- la edad de la pubertad legal, y la edad en la que la niña judía era ordinariamente dada en matrimonio (por lo tanto no era una "niña" sino una joven núbil) -- ; la segunda, por su tipo de enfermedad (con la que llevaba doce años afligida -hay que fijarse en la cifra-), que la hacía impura según la Ley, y que, por tanto, excluía para ella todo contacto con los hombres y la privaba de la posibilidad de ser madre.

Ambas son devueltas por Jesús a la plenitud de la vida, a su plena feminidad, y son así devueltas a su papel de potenciales dadoras de vida. Al curarlas, Jesús se revela como el dador de la vida. El título más antiguo de Cristo en la Iglesia siria era "el dador de vida"? Cuando Jesús, al final del relato, ordena a los presentes que den de comer a la joven, se revela también como el que alimenta la vida. Él es quien da y restaura no sólo la vida "espiritual", sino la vida "humana", una vida que es a la vez física, psíquica y espiritual.

Al hacerlo, Jesús nos recuerda la belleza y el valor de la vida, de toda forma de vida: la hermosa, encantadora y frágil vida de un niño sano, así como la de un anciano y un enfermo. A Jesús le preocupan todas las formas de vida, y en todas las situaciones: le preocupa la vida violentamente detenida del embrión humano, pero también la vida de los niños que son traídos al mundo pero que no pueden desarrollarse normalmente por falta de alimento, vivienda, educación, trabajo u otras oportunidades normales. Se preocupa por las vidas de las personas tomadas como rehenes, así como por las vidas de naciones enteras que son rehenes de cálculos políticos y económicos, y por todas las víctimas del terrorismo. También le preocupa la vida de las personas que están bien alimentadas y no les falta ningún bien material, pero que nunca alcanzarán la plena madurez por la falta de amor, comprensión, compasión y perdón.

En el Evangelio de hoy, Jesús se nos revela como el dador y nutridor de la vida, de todas las formas de vida. Todos nosotros, jóvenes o mayores, casados o solteros, hombres o mujeres, estamos llamados, a ejemplo de Cristo y cada uno a nuestra manera, a dar vida, a alimentarla y, cuando sea necesario, a restaurarla.

Y es porque creemos en esta misión recibida de Cristo, en quien compartimos la misma fe, que queremos, también esta mañana, recibir juntos el Pan de Vida.

Armand VEILLEUX